

Todos somos diferentes. Somos altos y bajos, de piel clara y oscura, gordos y flacos. Sin embargo, ser diferente y sentirse diferente no son elecciones propias, no elegimos ser ni sentirnos distintos: es una sensación que viene desde el *afuera*. Y en ocasiones, ese *afuera* se empeña en hacernos creer que hay algo mal con nosotros hasta por los motivos más banales. Porque somos muy flacos, o muy bajos, porque usamos anteojos o porque nos gusta la música de los ochenta. Porque nos gusta el fútbol cuando tendría que gustarnos un deporte más femenino. Porque no nos avergonzamos de nuestra debilidad cuando tendríamos que mostrarnos fuertes y valientes.

Desde el primer instante en que nos asomamos a este mundo, se nos asigna un género binario en consonancia con nuestra anatomía. Somos varones o mujeres; de género masculino o femenino. Incluso desde antes de dar esa primera bocanada de aire, nos habrán colocado un nombre, asignado un género, una raza. Y muchas veces, viviremos nuestra existencia sin siquiera cuestionar esa identidad asignada. Somos criados de determinada manera, crecemos con ciertos valores y formas de pensar, y nos

incitan a hacer ciertas cosas mientras que a otras, no. A los niños, por ejemplo, se les dirá que no deben llorar porque llorar *es cosa de niñas*, está relacionado con el “sentimentalismo” y la “debilidad emocional” (de las mujeres) y a las niñas les regalarán muñecas y no las dejarán jugar al fútbol.

Las normas de género con las que convivimos a diario, y que muchas veces colaboramos a perpetuar, son la base sobre la que se erigen la homofobia, la lesbofobia, la bifobia, la transfobia y todos los aspectos de discriminación que abarcan a las personas que no hacen de la heterosexualidad y del género binario (la heteronormatividad) su forma de vida. Esta discriminación puede presentarse en formas muy diversas: desde el acoso escolar o *bullying* que sufren los niños, la exclusión laboral, hasta la imposibilidad legal de contraer matrimonio y la falta de políticas de salud.

Hacerle frente a este contexto implica cuestionar toda la estructura de ideas preconcebidas que tenemos acerca de lo que es considerado *femenino* o *masculino*; implica incluso cuestionarse si *lo masculino* o *lo femenino* realmente existe y si esa existencia es en verdad algo necesario o algo que nos hace la vida más difícil.

¿Por qué los chicos no pueden llorar y tienen que vestir de azul? ¿Por qué las chicas tienen que ser delicadas y vestir de rosa? ¿Alguna vez nos hemos preguntado si somos felices con estas normas? ¿O, por el contrario, jamás nos habíamos detenido a pensar en ellas? No es necesario identificarse como homosexual, trans o persona no binaria para sentirse incómodo con estas reglas tan exigentes. Es posible que todos, aun sin advertirlo, hayamos sentido en algún momento de nuestras vidas ese cosquilleo de disconformidad.

No es para nada sencillo cuestionar las normas del binarismo

y esta novela es una invitación a hacerlo. Riley sufre en carne propia lo difícil que es vivir en un mundo que necesita encasillarte en un género y que te menosprecia si no lo logra. Riley debe, para su sorpresa, luchar contra sus propios prejuicios cuando conoce más personas que son así: se entristece, se reprocha y se enfada consigo mismo al darse cuenta de que también intenta saber si está delante de un hombre o de una mujer.

No tiene nada de malo hacerse esa pregunta. Después de todo, así hemos sido criados. Lo *malo* es dar por supuesto que todos somos de género femenino o masculino y cerrarse ante la posibilidad de la existencia de otros géneros o de la no existencia del género. Lo *malo* es rechazar al otro porque no se amolda a nuestras expectativas. Lo *malo* es que planteemos nuestra percepción de la realidad como una verdad absoluta, negando que puedan existir otras percepciones... porque, al fin y al cabo, no solo estamos negando y limitando a nuestros amigos, familiares y conocidos, sino que también nos estamos limitando a nosotros mismos.

¿Quién querría vivir en mundo donde no se puede llorar, reír, jugar, correr, bailar y expresar amor con libertad? ¿Quién querría vivir en mundo donde la felicidad viene con manual de instrucciones?

Acompañemos a Riley en su historia y descubramos que no somos tan diferentes. Porque, a pesar de nuestras maravillosas diferencias (¡qué aburrida sería la vida si fuéramos todos iguales!), somos humanos, sin importar nuestro color de piel ni nuestra identidad de género.

Tomemos la mano de Riley y observemos el mundo a través de sus ojos, iluminado bajo una luz distinta. Desaprendamos lo aprendido, hagamos a un lado nuestros prejuicios y las ideas acerca

de los géneros y sus roles prefabricados, y contemplemos en el horizonte un infinito arcoíris de posibilidades. Porque mientras más abracemos y celebremos nuestras diferencias, más libres seremos. Y, en consecuencia, más felices.

Tenemos las herramientas para pensar el mundo de otra forma. Esta novela es una de ellas. Tal vez, en medio del camino, descubramos que esas barreras que tenemos delante no son tan difíciles de atravesar.

SOBRE LA PROLOGUISTA:

10_

Sofía Olguín es escritora y editora del sello Bajo el arcoíris, dedicado a libros infantojuveniles de temática LGBTI en Argentina y América Latina.

